

truyó las tropas del duque de Aquitania, infatigable defensor de la Galia Meridional, y se avanzó hácia el Loira: pero ese inmenso esfuerzo de la invasion musulmana se estrelló en las llanuras de Poitiers contra la segur de Cárlos Martel. Fué tal el desastre sufrido por el ejército de Abderraman, que los historiadores árabes dieron al campo de batalla el nombre de *Campo de los mártires*.

Habíase salvado la cristiandad, mas la Europa tenia que defender no ya su existencia sino la seguridad de sus playas. Marsella estuvo por un momento en poder de los musulmanes: en el reinado de Al-Hakem principiaron las grandes expediciones marítimas: quince mil piratas salieron de los puertos de España y fueron á guarecerse á la isla de Creta, desde donde llevaron el terror á todos los mares; y aunque arrojados de Narbona, repelidos á la parte de los Pirineos por Pipino el Breve y derrotados en España por Carlomagno, volvieron á presentarse varias veces en Francia. Hácia el año 889, los piratas desembarcaron en el golfo de San Tropez en la Provenza, dieron muerte á los habitantes del lugar inmediato y se establecieron en una peña que dominaba la entrada del golfo. Tal fué el origen del terrible apostadero de Traxinet, que aumentado luego y fortificado se convirtió en una especie de república militar. Estando los sarracenos en posesion de todos los pasos de los Alpes, se unieron con los húngaros, nuevos invasores de la Francia, para saquear la Helvecia y el Valés, permaneciendo dueños del pais por espacio de veinte años, y se arrojaron despues sobre la Italia septentrional, á la que aterrorizaron con el incendio de Acqui y el saqueo de la Lombardia. En fin, despues de la muerte de Abderraman III, pudo recobrase el Delfinado; y el castillo de Traxinet en donde hacia ochenta años se acumulaban los despojos de los paises vecinos cayó en poder del conde de Provenza. De esta época data la ruina del poder musulman en el mediodia de Francia.

En la misma sazón, la Italia meridional luchaba con trabajo contra los ataques todavia mas temibles de los sarracenos de Africa. En 827 los aglabitas desembarcaron en Sicilia y tomaron á Agrigento, Enna y Siracusa que fué destruida en 901, y fundaron un principado cuya capital fué Palermo. Llamados como auxiliares por los partidos que destrozaban la península, ya por los grie-

gos, ya por los beneventinos, se hicieron dueños de Palermo y se apostaron en el monte Gárgano para dominar toda la baja Italia. La Cerdeña y luego la Córcega cediendo á sus repetidas invasiones les dieron el imperio de todo el Mediterráneo occidental. Para sustraerse de sus ataques, el papa Juan VIII tuvo que acudir con un tributo: en 946, Leon IV, se vió obligado á levantar un muro que protegiera el arrabal del Vaticano; mas la sumision de los príncipes de Benevento, extendió el poder del emperador de Alemania hasta el Mediodia de la Península y puso mas eficaz barrera á los progresos de los musulmanes, desde cuya época perdieron una por una todas sus posesiones en Italia. La Cerdeña sin embargo quedó en poder de los Zeiritas y Palermo en el de los Fatimitas, vencedores de la dinastía de Aglab, hasta que los caballeros normandos sustrajeron la Sicilia al poder de los infieles en 1006.

## IX.

Inmensos fueron los resultados del advenimiento de Pipino el Breve al trono de Francia. Despues de haber hecho prevalecer definitivamente la raza austrasiana y germánica sobre la neustriana ó de los antiguos francos, contribuyó poderosamente á acrecentar la pujanza del clero debilitada por la política de Cárlos Martel. Educado Pipino bajo la égida de la Iglesia, hizo intervenir á los prelados en su coronacion y los admitió en las asambleas del campo de Mayo exclusivamente guerreras en un principio; y la introduccion en ellas de la lengua latina que era la del clero aumentó la preponderancia de este. Mientras que el poder de la nobleza fundado por el feudalismo no amenaza la autoridad real, acreciéntase esta rápidamente bajo el influjo de los fundadores de la dinastía carlovingia, y, al menos por algun tiempo, se levanta del estado de abatimiento y sugesion en que yacia en tiempo de la primera dinastía. Le da su principal apoyo la gloria militar, y por lo tanto las expediciones guerreras ocupan casi incesantemente á los primeros reyes carlovingios. El reinado de Pipino viene á ser el preludio del de Carlomagno y prepara la conquista de la Aquitania, que se verificará en los primeros años del reinado de su hijo. Empieza la lucha contra los sarracenos y sajones, y acepta el cargo de mediador de

la Santa Sede contra los lombardos; cuyo cargo proporcionará una nueva corona á Carlomagno. Dueño este en su advenimiento al poder de la mitad de los estados paternos, habia sometido ya el ducado de Aquitania, cuando reunió bajo su cetro, por la muerte de su hermano Carloman, toda la monarquía francesa. Luchando entonces con increíble actividad y energia contra una multitud de enemigos, y haciendo frente á todos los peligros, detiene y aniquila la invasion germana destrozando á los sajones despues de treinta años de resistencia; somete en dos campañas el reino de Lombardia protegido en vano por la barrera de los Alpes; aparece al otro lado de los Pirineos para quitar á los moros las fronteras españolas, y envia á su hijo á las márgenes del Danubio para arrancar de manos de los ávaros los despojos que habian acumulado en su campo. Desde las riberas del Ebro hasta las del Oder y desde las playas del Norte á las del Adriático, todo está sugeto al poder de Carlomagno; pero este grande hombre adquiere una gloria mas brillante que la de sus armas. Publica un código de leyes con el título de *Capitulares*, da su apoyo á la disciplina eclesiástica, aplícase á crear una fuerte organizacion militar y civil subordinada á la soberania real por la accion de poderes intermedios, reanima con su ejemplo el celo por la instruccion pública, abre establecimientos para la enseñanza y hace brillar un rayo de luz en medio de las tinieblas de su siglo. Tocaba á un hombre de semejante temple rehacer el antiguo imperio de Occidente y colocar en sus sienes la corona de los césares.

Con el apoyo de los primeros reyes comenzó á desplegarse un poder destinado á realizar en la Europa cristiana una unidad política mas vasta y duradera: á saber, el poder de los papas. Mientras los lombardos se derramaban por casi toda la Italia, Roma habia permanecido, junto con la Pentápolis y el exarcado, bajo las leyes del imperio de Oriente. Sus obispos, soberanos pontífices de la cristiandad, gozaban en ella, al lado del duque enviado por el emperador, de un inmenso influjo moral, ayudaban á defender el territorio de Roma de las invasiones de los lombardos y mantenian la autoridad del emperador.

Tal era el estado de las cosas en 726 cuando llegó el edicto de Leon Isáurico que proscribia el culto de las imágenes; edicto que

escitó en Italia una reprobacion tan universal que el pueblo destrozó la estátuas del príncipe profanador de las de Jesucristo y de los santos, y el papa Gregorio se quejó con firmeza á Leon. La respuesta del emperador fueron ciertos amaños con que trató de hacer asesinar al papa, y entonces sublevado el pueblo de Roma arrojó á los oficiales del imperio, el papa quedó heredero natural del poder del duque, y Roma se constituyó en república bajo la supremacia de la Iglesia. Sin embargo no estaban aun rotos todos los lazos; el nuevo papa Gregorio, obtuvo su confirmacion del emperador, pero al mismo tiempo lanzaba excomuniones sobre todos los herejes, que era ofender indirectamente al iconoclasta Leon. Acabó de agriar á los romanos y de hacer imposible para en adelante todo avenimiento, el ataque de una flota bizantina. Poco tiempo despues, Zacarias prescindiendo de la confirmacion imperial, estableció definitivamente en Roma el poder temporal de los papas, quienes no tardaron en verse amenazados por sus vecinos los lombardos, cuyo rey, dueño del exarcado y de la Pentápolis, estendió sus pretensiones sobre Roma. El emperador Constantino, iconoclasta como su padre, se hallaba poco dispuesto á socorrer al papa, y en este conflicto Esteban II se dirigió á los francos, Los austrasianos y particularmente Heristal, habian mantenido siempre amigables relaciones con la Santa Sede, y Pipino que acaba de ser consagrado por el papa, correspondió inmediatamente á su solicitud: venció á los lombardos, libertó á Esteban II y le hizo donacion de la Pentápolis y del ducado de Roma, que constituyeron el patrimonio de San Pedro. En vano reclamó el emperador griego, porque despues de la derrota no era ocasion de pedir aquello para cuya defensa no fué bastante. Carlomagno continuó la obra de su padre, pues investido de la dignidad imperial por el papa, confirmó la donacion de Pipino, sancionando de este modo el poder temporal de la Santa Sede.

La obra de Carlomagno necesitaba del genio mismo que la habia creado, y al carecer de aquel apoyo, su propia magnitud hizo mas rápida su caida. A ese inmenso imperio tan prodigiosamente constituido en medio de todos los pueblos en que se dividía el Occidente, le amenazaba la disolucion por varias causas. Un mismo poder abarcaba gran número de naciones diferentes en usos, leyes,

religion é idioma: los musulmanes del norte de España, los paganos medio convertidos de la Sajonia, los italianos forzados á renunciar á su independencia, los francos del mediodía, émulos de la supremacia de los del norte, los germanos rivales y luego enemigos de los francos, todos aspiraban á una independencia que no echaron en olvido por la sumision de algunos años. Y si bien las hazañas del hijo de Pipino habian contenido para siempre la invasion germana, agitábanse en las lejanas fronteras del imperio carlovingio otras naciones bárbaras: los daneses, los eslavos y los sarracenos solo esperaban la muerte del emperador para recobrar con usura los tributos exigidos á algunas de sus poblaciones, y Carlomagno habia visto con lágrimas, las señales precursoras de la nueva tempestad que amenazaba. Sofocar tantos gérmenes de division interior, rechazar enérgicamente los reiterados esfuerzos de los bárbaros, sostener una lucha sin tregua y sin término dentro y fuera del imperio, era una tarea que debia agobiar bien pronto á los ineptos herederos del trono de Carlomagno.

Luis el Benigno ó sea Ludovico Pio, iniciado en los grandes proyectos de su padre, paraliza por su debilidad los resultados de sus útiles reformas y de sus prudentes intenciones. Fiel al desastroso principio de los repartos, divide el poder entre sus hijos y de este modo él mismo da gefes á todas las naciones que solo esperaban momento oportuno para presentarse otra vez en el campo de batalla. Desde entonces la historia del imperio carlovingio se reduce casi á la historia de las encarnizadas luchas entre las diferentes razas, cuyo odio nacional es fomentado por las rivalidades personales de sus príncipes. Luego que por el reparto de Aquisgram quedan, Lotario heredero de la dignidad imperial, Pipino rey de Aquitania y Luis, de Baviera, el jóven Bernardo, puesto bajo la dependencia de Lotario, protesta con las armas en la mano en nombre de las ciudades y de los príncipes de la península; pero vencido y condenado á perder la vista, murió en tan bárbaro suplicio, y á poco tiempo Lotario fué otra vez dueño de Italia. Mas cuando Luis el Benigno, para espiar la muerte de Bernardo, se habia sometido á hacer penitencia pública ante la asamblea de Attigny, estalla una sublevacion general en todos los puntos del imperio: los obótritras, los sobavos y los eslavos del Este

atacan á Luis de Baviera; los búlgaros invaden la Panonia, los vascos recobran su libertad, agítase la Bretania, y el imprudente emperador pone el desórden en sus estados y el odio en su familia anulando su primer reparto para dar la Alemania, la Suavia y la Borgoña al jóven Cárlos, hijo de su segunda muger Judit de Baviera. Encarcelado Luis por sus hijos y vendido por sus soldados *en el campo de la falsedad*, es degradado por Lotario, quien desea rehacer en provecho suyo el supremo poder imperial. Temiendo Luis y Pipino los ambiciosos proyectos de Lotario, ponen en libertad á su padre, el cual, en otro reparto, no deja á su hijo mayor sino la Italia; pero cediendo luego á las amenazas de Lotario, le erige un reino con los despojos de Luis de Baviera. Esos arbitrarios repartos que herian la ambicion de los príncipes y los intereses de los pueblos, no eran propios para dar la paz. Luis el Germánico reclamaba sus dominios, y la Aquitania concedida Cárlos el Calvo despues de la muerte de Luis el Benigno, rompió el último lazo que aun conservaba unidas todas las partes del imperio.

Continuó la guerra entre los francos y Cárlos el Calvo, la Aquitania y el jóven Pipino II, los alemanes y Luis el Germánico y los italianos y Lotario, que habia ceñido la corona imperial. Todos esos pueblos vinieron á las manos en las llanuras de Fontenay; y en aquella terrible jornada en que se dice murieron cien mil guerreros, se rompió para siempre la unidad del imperio. Luis y Cárlos, vencedores de Lotario, estrecharon su alianza en el acta de Strasburgo; y en el juramento pronunciado en dos idiomas para que pudiese ser entendido por los dos ejércitos, proclamaron por primera vez la completa separacion de la Francia y de la Alemania. El general cansancio trajo el tratado de Verdun que sancionó las consécuencias de la division consumada. Lotario obtuvo en el reparto la Italia con los países que se estienden entre los Alpes, el Ródano, el Saona, el Mosela y el Rhin; Cárlos la Neustria á la que se reunió la Aquitania; y Luis conservó toda la Germania, y el cetro imperial destinado al parecer á dominar y reunir todos esos poderes, fué ocasion de discordias y pasó sucesivamente de Italia á Francia y de esta á Germania.

El reparto hecho en Verdun no puso término á la desmembracion. Llamados los sarracenos aglabitas á su voz, por los griegos y